

El maestro

Carlos Clementson

A Mariano Baquero Goyanes. In memoriam

A tus radiantes días de juventud, su imagen
ligada estará ya y entretejida
como la fresca hiedra de Garcilaso, en tanto
aquellos claros años
de mocedad pervivan dentro de ti, y en ellos,
como una luz dichosa, la precoz poesía
que él, benigno, acogiera entre sus manos
y desveló en tus versos,
recién brotara, pura, de tu fuente.

Hoy has abierto un libro, casi al azar, y envuelta
en brisas de Sigüenza o en las aguas del Tajo,
velada por los años,
te ha llegado su voz, espesa y blanda,
de suavísimo musgo; se te ha allegado el viejo
tiempo de la nostalgia, así un aroma
asaltante y fatal irrumpe al paso
tras el cancel del huerto, como un tigre a la espera
íntimo de ternura, saltando sobre el pecho
y aboliendo el presente de un solo manotazo
de su zarpa amorosa,
doloroso y dulcísimo, como un recuerdo abierto.

Cayendo ahora estará la flor azul del árbol
que diera sombra amable
a su discreto paso entrando cada día
bajo los altos claustros y esbeltas arquerías
—ingrávidos de altura— que alza la luz en vuelo
y sostienen —aérea— la luz en sus dovelas.

Fuera del huerto antiguo donde el ayer reposa,
nuevas voces y gestos pasarán por las aulas,
y el año poco a poco tejerá su corona
de estudios y de risas y de eternos amores
renovados y frescos, como su olor las rosas.

Estivales sonrisas
reiterarán antiguas sonrisas, descendiendo
las mismas escaleras.

Idénticos muchachos
repetirán las mismas preguntas de otro tiempo,
y el más esquivo acaso
—oscuro y pensativo sobre un banco de piedra—
convocará unos mismos versos en su cuaderno
bajo una misma luz, como la luz de entonces.

Detrás de tanta fiesta,
un estéril silencio sella hoy su labio inerte,
sorprendido y suspenso ante la sombra.

En cambio, su palabra
alienta todavía, fecunda, entre las tuyas
discipulares, y cada año regresa,
si bien más torpe y pobre entre tus labios,
a restaurar su acento y levantar las claras
lecciones de otros días ante otros tantos jóvenes
menos afortunados que tú fuéraslo antaño.

Todo parece igual: las mismas calles
bañadas por el sol, los mismos niños
y las mismas muchachas fundando la mañana
con sólo una sonrisa, restableciendo al paso,
ilesas frente al tiempo,
radiantes academias de amor bajo las palmas.

Todo parece igual: sólo una ausencia
callando tercamente tras la puerta cerrada,
los pasos que no llegan, la llave que no gira,
vespertina y exacta sobre su cerradura;
su nombre hecho ya historia
y silencio en un muro,
presidiendo en su estela las horas del estudio.

Tan sólo eso; por más
que algunas tardes cálidas un viento afable acaso,
o un súbito recuerdo,
deje sentir su paso cortés a nuestro lado
en tanto caminamos por las calles de siempre
y en torno a la ciudad, que el sol dora en su ocaso,
va aventando el reloj las mismas campanadas.

Todo parece igual: el sol, las piedras
rosadas de la torre, el aire envuelto
en un velo de azahar, la antigua herida
de los viejos aromas propagándose
incesante y carnal por la memoria.

Todo parece igual, y sin embargo,
más rica ahora la tierra,
la luz de Murcia, en cambio,
desde hace algunos años
es ya un poco más triste para todos nosotros.